

DOMINGO 29 DEL TIEMPO ORDINARIO - C



La pregunta inquietante del evangelio ;
«cuando venga el Hijo del hombre,
¿encontrará esta fe en la tierra?».
Hemos de confiar; hemos de invocar a Dios
de manera incesante y sin desanimarnos;
hemos de «gritarle» que haga justicia
a los que nadie defiende

¿Es nuestra oración un grito a Dios pidiendo justicia
para los pobres del mundo o la hemos sustituido por
otra, llena de nuestro propio yo? ¿Resuena en nuestra
liturgia el clamor de los que sufren o nuestro deseo
de un bienestar siempre mejor y más seguro?

José Antonio PAGOLA

PRIMERA LECTURA

Lectura del libro del Éxodo. Ex 17,8-13.

En aquellos días, Amalec vino y atacó a los israelitas en Rafidín.

Moisés dijo a Josué: -Escoge unos cuantos hombres, haz una salida y ataca a Amalec. Mañana yo estaré en pie en la cima del monte con el bastón maravilloso en la mano.

Hizo Josué lo que le decía Moisés y atacó a Amalec

Moisés, Aarón y Jur subieron a la cima del monte.

Mientras Moisés tenía en alto la mano, vencía Israel;
mientras la tenía bajada, vencía Amalec.

Y como le pesaban las manos, sus compañeros cogieron una piedra y se la pusieron debajo para que se sentase;

Aarón y Jur le sostenían los brazos, uno a cada lado.

Así sostuvo en alto las manos hasta la puesta del sol.

Josué derrotó a Amalec y a su tropa a filo de espada.

Salmo responsorial. Sal 120,1-2.3-4.5-6.7-8.

Levanto mis ojos a los montes;
¿de dónde me vendrá el auxilio?;
el auxilio me viene del Señor,
que hizo el cielo y la tierra. R./

No permitirá que resbale tu pie,
tu guardián no duerme;
no duerme ni reposa
el guardián de Israel.R./

El Señor te guarda a su sombra,
está a tu derecha,
de día el sol no te hará daño,
ni la luna de noche.R./

El Señor te guarda de todo mal,
él guarda tu alma;
el Señor guarda tus entradas y salidas,
ahora y por siempre.R./



SEGUNDA LECTURA

Lectura de la segunda carta del apóstol San Pablo a Timoteo. 2 Tim 3,14-4,2.

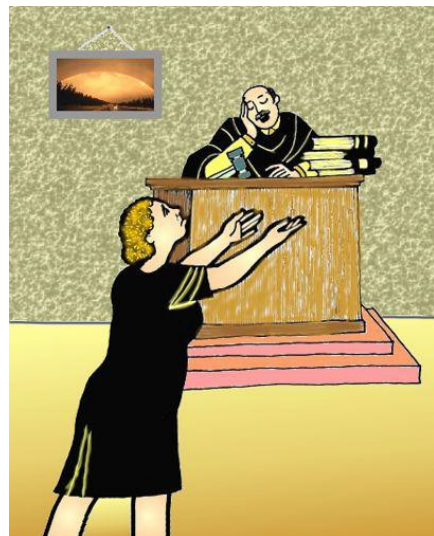
Querido hermano: Permanece en lo que has aprendido y se te ha confiado; sabiendo de quién lo aprendiste, y que de niño conoces la Sagrada Escritura, ella puede darte la sabiduría que por la fe en Cristo Jesús conduce a la salvación. Toda Escritura inspirada por Dios es también útil para enseñar, para reprender, para corregir, para educar en la virtud: así el hombre de Dios estará perfectamente equipado para toda obra buena.

Ante Dios y ante Cristo Jesús, que ha de juzgar a vivos y muertos, te conjuro por su venida en majestad: proclama la Palabra, insiste a tiempo y a destiempo, reprende, reprocha, exhorta con toda comprensión y pedagogía.

EVANGELIO

Lectura del santo Evangelio según San Lucas. Lc 18,1-8.

En aquel tiempo, Jesús, para explicar a los discípulos cómo tenían que orar siempre sin desanimarse, les puso esta parábola: -Había un juez en una ciudad que ni temía a Dios ni le importaban los hombres. En la misma ciudad había una viuda que solía ir a decirle: «Hazme justicia frente a mi adversario»; por algún tiempo se negó, pero después se dijo: «Aunque ni temo a Dios ni me importan los hombres, como esa viuda me está fastidiando, le haré justicia, no vaya a acabar pegándose en la cara». Y el Señor respondió: -Fijaos en lo que dice el juez injusto; pues Dios, ¿no hará justicia a sus elegidos que le gritan día y noche?, ¿o les dará largas? Os digo que les hará justicia sin tardar. Pero cuando venga el Hijo del hombre, ¿encontrará esta fe en la tierra?



¿ HASTA CUÁNDO VA A DURAR ESTO?

La parábola es breve y se entiende bien. Ocupan la escena dos personajes que viven en la misma ciudad. Un «juez» al que le faltan dos actitudes consideradas básicas en Israel para ser humano. «No teme a Dios» y «no le importan las personas». Es un hombre sordo a la voz de Dios e indiferente al sufrimiento de los oprimidos.

La «viuda» es una mujer sola, privada de un esposo que la proteja y sin apoyo social alguno. En la tradición bíblica, estas «viudas» son, junto con los huérfanos y los extranjeros, el símbolo de las gentes más indefensas. Los más pobres de los pobres.

La mujer no puede hacer otra cosa sino presionar, moverse una y otra vez para reclamar sus derechos, sin resignarse a los abusos de su «adversario». Toda su vida se convierte en un grito: «Hazme justicia».

Durante un tiempo, el juez no reacciona. No se deja conmover; no quiere atender aquel grito incesante. Después reflexiona y decide actuar. No por compasión ni por justicia. Sencillamente para evitarse molestias y para que las cosas no vayan a más.

Si un juez tan mezquino y egoísta termina haciendo justicia a esta viuda, Dios, que es un Padre compasivo, atento a los más indefensos, «¿no hará justicia a sus elegidos, que le gritan día y noche?».

La parábola encierra antes que nada un mensaje de confianza. Los pobres no están abandonados a su suerte. Dios no es sordo a sus gritos. Está permitida la esperanza. Su intervención final es segura. Pero ¿no tarda demasiado?

De ahí la pregunta inquietante del evangelio. Hemos de confiar; hemos de invocar a Dios de manera incesante y sin desanimarnos; hemos de «gritarle» que haga justicia a los que nadie defiende. Pero, «cuando venga el Hijo del hombre, ¿encontrará esta fe en la tierra?».

¿Es nuestra oración un grito a Dios pidiendo justicia para los pobres del mundo o la hemos sustituido por otra, llena de nuestro propio yo?
¿Resuena en nuestra liturgia el clamor de los que sufren o nuestro deseo de un bienestar siempre mejor y más seguro?

José Antonio Pagola

JUSQU'À QUAND CELA VA-T-IL DURER?*

La parabole est courte et facile à comprendre. La scène est occupée par deux personnages qui vivent dans la même ville. Un «juge» qui manque de deux attitudes considérées comme fondamentales en Israël pour être humain. Il «ne craint pas Dieu» et «ne se soucie pas des gens». C'est un homme sourd à la voix de Dieu et indifférent à la souffrance des opprimés.

La «veuve» est une femme seule, privée d'un mari pour la protéger et sans aucun soutien social. Dans la tradition biblique, ces «veuves» sont, avec les orphelins et les étrangers, le symbole des personnes les plus démunies. Les plus pauvres parmi les pauvres.

La femme ne peut que presser, bouger encore et encore pour revendiquer ses droits, sans se résigner aux abus de son «adversaire». Toute sa vie devient un cri: «Rends-moi justice».

Pendant un certain temps, le juge ne réagit pas. Il ne se laisse pas émouvoir, il ne veut pas écouter ce cri incessant. Puis il réfléchit et décide d'agir. Non pas par compassion ou par justice. Simplement pour s'épargner des ennuis et pour éviter que la situation ne s'aggrave. Si un juge aussi méchant et égoïste finit par rendre justice à cette veuve, Dieu, qui est un Père compatissant, attentif aux plus démunis, « ne rendra-t-il pas justice à ses élus qui crient vers lui jour et nuit?

La parabole contient avant tout un message de confiance. Les pauvres ne sont pas abandonnés à leur sort. Dieu n'est pas sourd à leurs cris. L'espoir est permis. Son intervention finale est certaine. Mais ne tarde-t-il pas trop?

D'où la question lancinante de l'Évangile. Nous devons faire confiance ; nous devons invoquer Dieu sans cesse et sans nous décourager; nous devons «crier» vers lui pour qu'il rende justice à ceux que personne ne défend. Mais «quand le Fils de l'homme viendra, trouvera-t-il cette foi sur la terre?»

Notre prière est-elle un cri à Dieu pour la justice en faveur des pauvres du monde ou l'avons-nous remplacée par une autre, pleine de notre propre moi ? Qu'est-ce qui résonne dans notre liturgie, le cri de ceux qui souffrent ou notre désir d'un bien-être toujours meilleur et plus sûr?

José Antonio Pagola
Traductor: Carlos Orduña